

## EL CORAZÓN CON DIOS, LA VIDA EN EL TERRUÑO

*A las Hermanas Dominicas  
de la Sagrada Familia  
por su aliento permanente.*

### SACERDOTE Y BARRIO

Para los cubanos de hoy, la presencia en nuestros barrios de sacerdotes de nacionalidades tan diversas como la española, la argentina o la colombiana, así como la sustitución de estos con una frecuencia que a veces no les permite celebrar dos Navidades seguidas, es una cuestión habitual. De esta forma la figura social del cura, en muchos casos, se ve relegada al ámbito estrictamente eclesial, al que la mayoría de los cubanos ni siquiera se acerca. Ello es fruto de una amplia gama de factores, entre los que parecería deslumbrar a primera vista la insuficiente cantidad de agentes de pastoral consagrados y de vocaciones criollas al sacerdocio, aunque sus orígenes verdaderos haya que buscarlos en toda la historia de la Iglesia en nuestro país, en particular la de los últimos cincuenta años.

Sin embargo, esto no siempre fue así. En la comarca cienfueguera son varios los hombres de corazón puesto en Dios y en el sacerdocio, con una vida entera compartida entre vecinos de pequeñas localidades y barrios. Allí, a fuerza de la práctica constante de la caridad, en vez de poder, alcanzaron la autoridad moral resultado del testimonio de vida. Su figura social era admirada y respetada por quienes fueron sus enemigos y querida por la mayoría de las gentes de pueblo, creyentes o no, convirtiéndose con el tiempo en parte inseparable e insoslayable de la historia de esas vecindades. Este reportaje será un viaje a los lugares que marcan en Cienfuegos el paso por nuestra comarca de dos de esos sacerdotes.

### EL PADRE BARRA

*Todo él fue una entrega absoluta a los demás.  
(Tomado del epitafio sobre su tumba.)*

Casi al centro, a escasos metros a la izquierda de la intersección del camino en cruz que divide el cementerio de Palmira (pequeño poblado al norte de Cienfuegos), se alza un sobrio y hermoso sepulcro de granito, adornado con una imagen de San José con el Niño en



La Coral de Cienfuegos, bajo la dirección de Monseñor Urtiaga durante uno de sus conciertos en 1952.

brazos, cuya altura rebasa ligeramente el metro. Se trata del único túmulo mortuario erigido por cuestación popular a un sacerdote en los actuales territorios de la Diócesis de Cienfuegos<sup>1</sup>. Bastaría esta presentación para medir el sentimiento de los palmireños en 1940 ante la muerte de su párroco José Antonio Barra Barreiro, el Padre Barra como lo conocían todos, nacido en Ares, provincia de La Coruña, España, quien al morir lo hacía a la edad de 69 años, de ellos más de cuarenta vividos en Palmira.

Su historia de amor con la localidad comienza con el difícil año de 1898, cuando el recién ordenado sacerdote, capellán y empleado del Provisorato del Obispado de La Habana, es nombrado por el último Obispo de esa diócesis durante la etapa colonial Monseñor Manuel Santander y Frutos como cura interino de la iglesia de San Fernando de Camarones y a cargo de la de Palmira. Llegó para sustituir al anterior párroco quien, amenazado de muerte por lo peor de los grupos de Voluntarios de la zona, debió desaparecer ante la certidumbre de que la amenaza podía trocarse en realidad. A menos de un mes de su llegada celebró la fiesta de la Candelaria (patrona de ese pueblo) con una interrupción durante el almuerzo ante la presencia de tropas mambisas en los montes

cercanos. Unos días después terminó la Misa de las diez de la mañana del 11 de mayo bajo el cíclico temblar del altar al compás de los morteros de seis pulgadas que la armada norteamericana dejaba caer sobre las cercanías de Cienfuegos. No se amilanó el Padre Barra ni siquiera durante su encuentro con el Comandante de Voluntarios Salinas, de pésima reputación en la zona, quien lo detuvo y amenazó con enviarlo a la cárcel por transitar sin el salvoconducto, promesa incumplida gracias a la oportuna intervención del administrador de la finca Hormiguero.

Difícilmente pueda decirse algo de la inclinación política del Padre Barra por alguno de los bandos contendientes de aquel conflicto. Lo que puede asegurarse es que su posición siempre fue muy clara y diáfana: él estaba allí para servir a las gentes del terruño. De esa forma, firmada la paz y evacuadas las tropas españolas hacia Cienfuegos, cuando ya la entrada a Camarones de las unidades del General mambí Higinio Esquerro se hacía inminente, no dudó en visitarlo en su campamento de la finca Ojo de Agua, sosteniendo con él cordiales encuentros personales y permaneciendo dos días entre los soldados, para contribuir a evitar venganzas e inútiles derramamientos de sangre después que ingresara el Ejército Libertador en el pueblo.

Tiempo y oportunidades le sobraron al Padre Barra para marcharse a su patria como lo hicieran otros tantos sacerdotes españoles, incapaces de concebir una Cuba no española e independiente. Desde octubre de 1898 y durante cinco meses, el puerto de Cienfuegos fue escenario de la salida de las últimas tropas del ejército colonial español de Cuba y de la América toda. En aquellos turbios momentos no sucumbió a la influencia de algunas voces criollas que pedían “despañolizar”<sup>2</sup> la Iglesia cubana. Tampoco se dejó enrolar en la campaña poco realista de su Obispo Monseñor Santander y Frutos por sostenerse en el desempeño de su cargo después de la independencia<sup>3</sup>. Se concentró en lo que consideraba era su deber como pastor: la caridad y la Evangelización del territorio que le habían encomendado. Sin esperar por el nuevo cambio de autoridad, se presentó antes de finalizar 1898 a las autoridades españolas y recuperó para el culto la edificación de la iglesia de Palmira, formada entonces por cuatro paredes y un techo colocado apresuradamente al comienzo de la guerra para ser utilizada como almacén del ejército. De igual forma puso en servicio la edificación del templo de Camarones.

A partir de ese momento y hasta su muerte, varias son las huellas materiales que dejó su accionar evangelizador en la zona y que todavía podemos disfrutar. En 1908 construye el frontispicio y la torre de la iglesia de Palmira. Unos años después le construye una hermosa y espaciosa casa parroquial con el fondo de su propio peculio, en la que gastó la herencia recibida de su hermana, donde radica actualmente la Biblioteca Municipal de esa localidad. Este inmueble fue donado oficialmente en 1922 por Monseñor Valentín Zubizarreta, recién estrenado Obispo de Cienfuegos y a nombre de la Iglesia al Padre Barra “*en virtud de sus buenos servicios*”<sup>4</sup>.

Hijo de su tiempo y sus circunstancias, un sólo tema relacionado con el pueblo palmireño no encontró cabida en el noble corazón del Padre Barra: la comprensión de las fuertes expresiones sincréticas de religiosidad popular de aquella localidad. Cuando durante los trabajos de recuperación del templo a finales de 1898 la negra liberta Mafea, famosa por sus conocimientos como curandera y comadrona y por su carácter servicial y piadoso, pidió al cura le regalara para su custodia la vieja imagen de Santa Bárbara, éste accedió sin reparos, pero sin suponer que estaba contribuyendo al nacimiento del más viejo y fuerte de los muchos cabildos de santería que hoy existen en ese pueblo, cuya procesión religiosa los 4 de diciembre genera una convocatoria popular comparable con la Purísima en Cienfuegos. Mientras vivió, no hubo más contacto entre la Iglesia local y las expresiones de religiosidad sincrética. Debió pasar casi un decenio después de su muerte, hasta finales de los cuarenta, época en que, a solicitud del jefe del Cabildo, se estableciera la costumbre de bendecir aquella imagen en la iglesia por la mañana, antes de la procesión<sup>5</sup>.

En Camarones construyó su segundo templo de mampostería después que el primero cayera en ruinas, ayudado por una cuestación popular, especialmente impulsada por los dueños del hoy desaparecido central Hormiguero (hasta hace poco CAI “Espartaco”). En el propio central construyó uno de los más hermosos templos rurales de la región cienfueguera, convertido en ruinas en los años setenta encontrándose el inmueble bajo la administración de la dirección del CAI. Aquel lugar se convirtió en el pivote de una acción misionera poco usual para un párroco de finales del siglo XIX a los bateyes y poblados más alejados de las dos

cabeceras municipales. Eran tiempos en que muchos campesinos de las zonas más apartadas pasaban meses sin recibir los sacramentos ni la visita de un sacerdote. Hasta ellos llegaba el padre Barra, a veces a pie, en ocasiones a caballo y otras en la cómoda volanta de los dueños del ingenio. A partir de entonces en el bello templo del batey “Hormiguero” se hicieron famosos los bautizos y las primeras comuniones de grupos de niños en los cuales, si todos iban de blanco, eso significaba todos, incluida la hija del humilde peón, situación que discretamente resolvía el Padre Barra de su propio peculio, aunque después, fuera del templo, la fiesta se tornara diferente para cada cual...

Comenzando la década de los veinte, el Padre Barra escenificó en San Fernando de Camarones una de las denuncias periodísticas más sonadas en la comarca, con resonancia nacional en algunos periódicos, por la indolencia de las autoridades de obras públicas, quienes durante los trabajos de nivelación del terreno alrededor del templo habían profanado el camposanto que allí se encontraba a pesar de las advertencias del eclesiástico, exponiendo antiquísimos restos humanos, entre los cuales se hallaban los despojos mortales de algunos de nuestros últimos habitantes autóctonos. Tocó al sacerdote dar cristiana sepultura a dichos restos bajo el pasillo principal del templo, en el lugar marcado especialmente con una cruz de mosaicos de diferente coloración conservada hasta nuestros días.

Finalizando la segunda década del siglo pasado, siguiendo una tendencia nacional, los camaronenses comenzaron el rescate de su fiesta patronal tradicional (La Candelaria), la más antigua de la comarca cienfueguera<sup>6</sup>. Entonces encontraron en el Padre Barra un entusiasta interlocutor, capaz de promover los festejos religiosos como marco y verdadero sentido de los alegres festejos profanos. Para el año de su muerte a Camarones acudían los tres primeros días de febrero vecinos de una amplia zona que abarcaba desde las inmediaciones del Escambray hasta los llanos de Palmira y Ciego Montero, incluidos algunos poblados ausentes, residentes en localidades tan alejadas como La Habana y Santiago de Cuba.

Muerto repentinamente el párroco de Cienfuegos en 1903, antes de la erección en esa ciudad de la diócesis que lleva su nombre, el Obispo de La Habana, en reconocimiento de las altas virtudes del Padre Barra, resuelve nombrarlo cura párroco de la localidad, honor que éste declina, haciendo constar en carta al prelado que estimaba en cuanto valía la honrosa elección, pero que le suplicaba encarecidamente le permitiera

continuar representando la iglesia parroquial de Palmira, a donde regresa después de trabajar interinamente unos meses en Cienfuegos. Según testimonio de un periodista cercano a él y publicado después de su muerte, cuando a mediados de los años treinta se manejaba la necesidad de nombrar un Obispo titular para Cienfuegos, después de casi un decenio de administración apostólica de la Diócesis por parte de Monseñor Valentín Zubizarreta, entonces Arzobispo de Santiago de Cuba, entre las opciones que se manejaron por la Jerarquía estuvo el Padre Barra quien, consultado al respecto, nuevamente declinó tal honor en aras de permanecer en su querida Palmira.

La soleada tarde del 15 de agosto de 1940 se ensombreció en el pequeño poblado por la esperada noticia del deceso del Padre Barra después de semanas de penosa enfermedad. El suceso se convirtió en expresión popular de luto cuando al día siguiente una compacta representación de pobladores de la zona acompañaron sus restos hasta el cementerio de la localidad. Allí fue enterrado en un sepulcro especialmente donado para ello por uno de sus feligreses, sobre el cual, unos meses después, ya se había construido, por cuestación popular, el pequeño y hermoso túmulo de mármol a su memoria.

Al morir, el Padre Barra ostentaba el título honorífico de Prelado Doméstico de Su Santidad, otorgado por el Papa Pío XI. De él escribiría Don Agustín Serize y Medina, hijo del fundador del pueblo de Palmira y conocido e influyente masón, caracterizado por sus abiertas expresiones anticlericales: “El mencionado y excepcional D. José Barra Barreiro, por el interés que constantemente se ha tomado y toma por este pueblo y por el cariño que le profesa –al contrario de otros eclesiásticos que sólo han pensado en explotar a la humanidad– aparece hijo del mismo”<sup>7</sup>.

Sobre la marmórea losa que cubre sus restos la agradecida comunidad cristiana de Palmira escribió este epitafio: “Homenaje de sus feligreses a su bien amado e inolvidable padre que fue verdadero y puro representante de Jesucristo; imagen auténtica de la bondad y la justicia; un desposeído de sí mismo, porque todo él fue una entrega absoluta a los demás”.

Hasta bien entrada la década de los cincuenta fueron sucesos de prensa diferentes celebraciones en templos de la comarca, ofrecidas por feligreses que lo sobrevivieron en recordación de su muerte y por el sufragio de su alma. Asimismo, el lugar donde

descansan sus restos era destino de peregrinación de la comunidad cristiana palmireña en ocasión del aniversario de su muerte. Hoy la rueda de la cristiana memoria parece haberse detenido y el recuerdo del Padre Barra descansa en el grupo de los justos desconocidos.

## EL PADRE URTIAGA

*¡Qué grande es tu poder! - Llamas al cielo,  
Y obediente el Señor baja a tu voz.*

(Fragmentos de los versos del padre Vicente García s. j., en ocasión de las Bodas de Oro sacerdotales del Padre Urtiaga.)

A la entrada de la casa parroquial de la Catedral de Cienfuegos, sobre la pared lateral y en el lugar justamente señalado por la mano derecha de la imagen del Sagrado Corazón de Jesús de cuerpo completo que da la bienvenida al visitante, una pequeña tarja de mármol, colocada allí en 1970 por sus antiguos discípulos, recordaba el fecundo paso por esta ciudad del Padre Pedro de Urtiaga Alcibar y Arechuluaga, abnegado sacerdote, extraordinario músico y, quizás, la persona que de forma sistemática y continuada más se ha esforzado para engrandecer el acervo musical de los cienfuegueros. La tarja, sobreviviente de más de treinta años de difícil historia para la Iglesia cubana, no escapó a la última reparación del inmueble terminada hace unos meses. Hoy espera en una despensa por manos piadosas que la restituyan nuevamente a su lugar de origen.

El Padre Urtiaga, como lo conocieron varias generaciones en la Perla del Sur, vio la luz en el lado español del País Vasco, en 1880. Con 27 años de edad se ordenó sacerdote, trabajando después un tiempo como maestro de capilla en la ciudad de Concepción en Chile, donde fundó su primera Coral. De allí en 1922, a pedido de su íntimo amigo y coterráneo Monseñor Valentín Zubizarreta, entonces Obispo de Cienfuegos, viaja a nuestra ciudad como maestro organista de la Catedral, iniciando una historia de amor con ella que duraría más de cuarenta años ininterrumpidos.

Durante todo ese período vivió una vida sacerdotal prolífica, santa y austera. Todavía hoy recorren las calles de la ciudad personas cuyos abuelos fueron casados por el Padre Urtiaga, sus padres bautizados y casados por él, y ellos mismos bautizados y acompañados espiritualmente durante su adolescencia por el propio sacerdote. Entre otros detalles, los cienfuegueros lo conocían por su labor de

acompañamiento a los ancianos en etapa terminal en los asilos “Acea” y “Antiguo” donde, además, era celoso capellán y confesor ordinario de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados a cargo de ambas instituciones. Él manifestó, en más de una ocasión, que si moría en Cuba, hubiera deseado permanecer sus postreros días junto a aquellas Hermanitas y aquellos ancianitos a los que asistía espiritualmente. De igual forma fue también confesor de las Madres Apostolinas de esta ciudad durante decenios, quienes en más de una ocasión hicieron público su agradecimiento por la dirección espiritual exquisita que les brindaba. Todo el tiempo de su estancia en Cienfuegos el Padre Urtiaga vivió en una mínima pieza de cuatro por tres metros de la casa parroquial de la Catedral de esta ciudad.

Con una formación musical completa y un oído extraordinario, fue un hombre comprometido con lo que hoy llamaríamos el diálogo Fe-Cultura. Los conocedores lo sitúan como uno de los precursores de la música coral con requisitos rigurosamente estéticos en nuestro país. Fue el fundador y alma de la agrupación coral conocida inicialmente como *Schola Cantorum*, después Orfeón Cienfuegos y por último, hacia finales de los años cuarenta como la Coral de Cienfuegos.

A la llegada de Monseñor Urtiaga a Cienfuegos encontró un terreno inusualmente fértil para la música coral, a pesar de que en esa época no era frecuente el cultivo de esa modalidad entre las familias de mayores recursos económicos, mayoritariamente interesadas en el estudio de la interpretación del piano y la guitarra. Desde 1918, fundado por el maestro catalán Juan Más y dirigido posteriormente por el maestro Siquier, se había creado el coro de voces masculinas Orfeón, vinculado a la interpretación de música sacra en las celebraciones litúrgicas, así como a infinidad de actos sociales, cuyas presentaciones se prolongaron alrededor de un trienio. No resulta extraño entonces que inmediatamente después de su llegada varios de los comerciantes que integraban aquel coro le solicitaran al Padre Urtiaga que les enseñara solfeo para perfeccionar el canto de las misas. Así nació la escuela, que se nutrió seguidamente de niños y jóvenes hasta el número de 25 voces, con los cuales como tiples, integró para 1924 el primer coro de la Catedral de Cienfuegos, al que denominara *Schola Cantorum*.

Audaz y emprendedor, cinco años después, contando ya con 80 voces mixtas (en esa época el uso de voces femeninas en la interpretación de música sacra durante las celebraciones litúrgicas todavía era

poco usual en nuestro país), la *Schola Cantorum* ofreció un concierto bajo el título *Evolución de la Música religiosa, sus frases, a grandes rasgos, a través de los siglos*, donde al canto llano se sumó la música polifónica. La crítica destacó dentro del complejo y extenso programa interpretado el *Ave María* de Palestrina a cuatro voces mixtas, el *Esca Viatorum* de E. Isaack a cuatro voces de hombre, y el *O Cor Amoris* de Goicochea, por su brillantez, su ritmo y su afinación. Aquel concierto marcó la mayoría de edad de la coral fundada por el Padre Urtiaga.

Años después, el destacado intelectual cubano, cienfueguero por añadidura, doctor Francisco Ichazo publicaba un artículo sobre la historia de la música coral en Cuba en el *Diario de la Marina*, señalando a la Coral de La Habana, fundada por la maestra María Muñoz de Quevedo en 1931 como la primera agrupación de ese género en el país, olvidando la prelación de la *Schola Cantorum* del padre Urtiaga, así como el hecho de que varios de los integrantes de la Coral habanera en el momento de su fundación habían sido antes miembros del coro cienfueguero y alumnos de monseñor Urtiaga<sup>8</sup>. Por último, el doctor Ichazo omitió también que para esa fecha todos los integrantes de la coral cienfueguera eran solfistas, aspecto que aun no habían logrado los principales coros del país en aquel momento, incluida la Coral habanera.

La Coral de Cienfuegos, como se le conoció durante la última década de su existencia, continuó cosechando éxitos ininterrumpidamente hasta 1959, incluidos varios conciertos fuera de nuestra comarca, entre los que destaca el celebrado en 1955 en el Teatro Casablanca de Camagüey, invitada por la excepcionalmente exigente Sociedad de Conciertos de esa ciudad. De igual forma, en transmisión de radio y televisión para toda la Isla, se presentaron en 1953 por la emisora *CMQ*, recibiendo excelentes críticas de su anfitrión el conoecedor Germán Pinelli. Cabe la gloria a esta institución y a su alma y fundador el Padre Urtiaga, de haber formado cantantes que después triunfarían incluso fuera de nuestro país como Miguel Gerbolés, conocido intérprete de zarzuela en España; Manuel Arias, tenor que logró para finales de los cuarenta un contrato indefinido en la Catedral de San Patricio en Nueva York; o Gladis Romney, quien en los años cincuenta obtuvo un rotundo triunfo cantando *La Bohème* de Puccini en el *Metropolitan Opera House* de Nueva York.

Dos características acompañan toda la historia de la agrupación coral cienfueguera. La primera fue

su repertorio, en el que se mezclaban, junto a las más exigentes y clásicas obras de los maestros europeos consagrados tradicionales, piezas interpretadas según arreglos muy originales y con igual excelencia, de autores cubanos representativos de la época como Simons, Lecuona y otros. Así mismo, consciente de la importancia de la buena música como vehículo para acercar el alma humana a Dios, el Padre Urtiaga no limitó la interpretación y divulgación de la música religiosa al templo: a las ejecuciones en las misas y otros actos litúrgicos, sumó una cantidad considerable de presentaciones sin remuneración alguna en actos públicos y conciertos, en donde los miembros de la Coral exponían también breves notas magistrales sobre la historia de ese arte universal mezcladas con el indispensable mensaje catequético. Todo ello antecediendo por decenios en espíritu a lo que el fallecido Papa Juan Pablo II nos convocara como la “Nueva Evangelización”, coincidiendo con el término por el siempre renovado ardor con que organizaba la labor de la Coral y por los novedosos métodos que utilizaba para evangelizar.

Por toda esta entrega desinteresada a la cultura cienfueguera, durante los poco menos de doscientos años de historia de la localidad, el Padre Urtiaga es el único sacerdote galardonado con sus dos distinciones más significativas: el nombramiento como Hijo Adoptivo de Cienfuegos, máxima distinción oficial, otorgada por el Ayuntamiento; y la Medalla de Oro del Ateneo de Cienfuegos, máxima distinción cultural de la comarca. De igual forma por su destacada labor pastoral y a propuesta de su Obispo monseñor Eduardo Martínez Dalmau, el Papa Pío XII lo distinguió con el título honorífico de Camarero Secreto de Su Santidad.

Los últimos momentos de su permanencia en Cienfuegos estuvieron matizados por el triunfo revolucionario de 1959 que lo sorprende casi ochentón. La salida intempestiva e inmediata del país del Obispo de Cienfuegos primero, y del párroco de la Catedral, padre Sebastián Marquiegui un breve tiempo después, así como el éxodo de muchos otros sacerdotes y religiosos en un corto plazo, le exige desdoblarse en una actividad pastoral que pone en tensión sus envejecidas fuerzas y su juvenil celo apostólico: dos o tres misas diarias, un centenar de bautizos semanales, escuchar las confesiones... Sin embargo, su mayor tristeza en este período hasta junio de 1963 en que se marcha del país para morir en su España natal siete años después, fue el rumbo hacia el ateísmo militante que tomaron los acontecimientos, lo que sumado a los crecientes

conflictos entre la Iglesia y el Estado, hizo de su entrañable música coral algo oficialmente innecesario y hasta considerado un “rezago del pasado”. Terminaban así los tradicionales conciertos de villancicos por Navidad y los conciertos y presentaciones en actividades sociales. Comenzaba el éxodo de muchos de los integrantes de la Coral cienfueguera.

La generalización de las acusaciones de “españoles” y “falangistas”<sup>9</sup> dirigida en aquella época a todos los sacerdotes por las autoridades del país, divulgadas a grandes cintillos por la prensa nacional y repetidas con enormes ecos por la local, respondía a una verdad: la mayoría de ellos eran de esa nacionalidad; pero torcía la realidad con fines ideológicos espurios. Entre ellos los había de muy diversas maneras de pensar político. Especialmente entre los vascos, dadas las particulares características históricas de esa región española, los había convencidos opositores al régimen franquista, abiertamente solidarios con el proceso revolucionario cubano. En este grupo, junto al sacerdote franciscano Ignacio Biaín Moyúa (director de la revista *La Quincena* y colaborador en periódicos de tirada nacional como *El Mundo*, incluso después del triunfo revolucionario) puede mencionarse también a su amigo y coterráneo el Padre Urtiaga. En 1951, al regreso de un viaje a España, expresó a la prensa que no viajaría nuevamente “mientras prevaleciera allí la situación imperante”<sup>10</sup>. Años más tarde, preguntado por un periodista local su criterio sobre el triunfante

proceso revolucionario, el padre Urtiaga expresó: “En mi humilde modo de pensar creo y espero que con el tiempo, y no muy remoto, dará excelentes frutos, puesto que en el pensamiento de los principales dirigente se procede en justicia cristiana, o por lo menos con buena voluntad y fe”<sup>11</sup>.

Al presentarse ante el Padre, Monseñor Urtiaga llevó consigo el crédito de más de medio siglo de sacerdocio ejemplar. Lo acompañó además el aval de los entendidos en la música que cultivó y enseñó durante decenios para crecimiento de los cienfuegueros y para mayor gloria de Dios, expresado también en la prensa internacional, particularmente en las secciones musicales de algunos diarios de Centro y Sudamérica, así como en el Boletín de Música y Artes Visuales, mensuario del Departamento cultural de la Unión Panamericana. Sin embargo, pienso que su boleto a la eternidad se lo dará de manera especial el testimonio de los más de tres mil alumnos, niños y jóvenes, muchos de ellos de las clases económicamente más humildes, a quienes instruyó gratuitamente, pagándoles incluso en ocasiones para que pudieran asistir a clases de día o de noche a su escuela de la Catedral, formada por una pizarra pentagramada, un órgano viejo de caramillos cansinos, unos bancos fijos en las paredes y un pequeño armario con partituras. A aquellos vendedores de periódicos, limpiabotas y de otros oficios, no les faltó el par de zapatos, el pantalón o el saco decente para presentarse en escena, adquirido de su propio peculio callada y discretamente. Bastaría para su epitafio la descripción hecha por monseñor Marcelino Baldasúa, quien fuera Vicario General de la Diócesis de Cienfuegos durante muchos años: “Pedro es una pepita de oro puro encerrada en una cáscara de nuez”<sup>12</sup>.

### EPITAFIO PARA DOS VIDAS EJEMPLARES

Mueve a la oración agradecida la presencia en nuestras comunidades de muchos y dedicados sacerdotes de diversas nacionalidades, misioneros “ad gentes” cuya entrega a la obra evangelizadora llega en ocasiones al límite de sus fuerzas físicas por resultar numéricamente insuficientes para las necesidades de los extensos territorios de nuestra Diócesis y por las carencias y dificultades de todo tipo a las que se enfrentan para desarrollar su labor.

La mayoría de ellos, formados en una realidad social muy diferente a la nuestra, deben sentirse aquí como en tierra de misión, dedicando su empeño principal a la doctrina y catequesis, mientras transcurre el necesario y siempre dilatado proceso de



Casa Parroquial de Palmira

“aplataamiento” que les permita zambullirse en nuestra historia y cultura nacional. Agréguese, por esta misma razón, la presión a que están sometidos, sintiendo sobre sus cabezas pender la espada de Damocles en que puede convertirse la respuesta desproporcionada por parte del Estado ante cualquier diferencia de opinión, que los conduciría a verse nuevamente acusados y descalificados como interlocutores de la realidad cubana “por extranjeros”<sup>13</sup>.

Esta situación señala hoy a los laicos cubanos en muy primera instancia como los encargados de llevar sobre sus hombros la mayor parte del peso por el rescate de nuestras tradiciones cristianas, riqueza y realidad constitutiva de nuestra nación, incluidos los testimonios de vida como los de el Padre Barra y el Padre Urtiaga y su huella sobre la cultura e historia local en general. Mueve entonces el discernimiento a la oración para que Dios conceda a nuestros Obispos, en la actualidad todos cubanos de cuna, de corazón y por su entrega, la sabiduría necesaria al encauzar el diálogo Fe-Cultura con la misma intensidad de otras labores pastorales, así como confianza en el laicado para llevarlo a cabo sin que constituya una preocupación para ellos la enriquecedora e insoslayable diversidad de dichos laicos en lo accesorio. Será una contribución a la gestación en nuestro país de una Iglesia encarnada e insertada en la cultura cubana, y un necesario servicio que la Iglesia brinde a nuestro pueblo en las actuales circunstancias.

El implacable paso del tiempo debilitó, hasta caer, al frondoso árbol de mameyes colorados sembrado por el vasco Monseñor Urtiaga en el patio interior de la Catedral cuyos frutos degustaron varias generaciones. La ingratitud de la contemporaneidad y el carácter “eficiente” de la modernidad descolgaron la placa memorial colocada por sus antiguos alumnos a su muerte. De forma similar, la torre del templo de Palmira construida por el Padre Barra, cuyo reloj una vez marcó el paso del tiempo en ese pueblo, agrietada y sustentada por un andamiaje metálico, se sostiene por puro milagro. Sin embargo, la casa parroquial de la pequeña localidad continua siendo fuente de luz para su población, sede de la Biblioteca Municipal. Más aún: allí, en la acera Sur de la calle San Carlos, en el cantero del lateral de la Catedral de Cienfuegos, crecen cada vez más hermosas y enhiestas las dos palmas reales gemelas que alguna vez plantó aquel sacerdote vasco para darle un sello criollo y encarnado a nuestra Iglesia, católica y local. Ω

## NOTAS

1 Actualmente en restauración, el túmulo mortuorio donde reposan los restos del Padre Antonio Loreto Sánchez Romero, primer párroco de Cienfuegos, construido en el siglo XIX en el cementerio de esta localidad, aunque con el beneplácito de sus habitantes, fue financiado por el Gobierno colonial español de los bienes destinados a la Iglesia según el régimen de Patronato Regio.

2 Frase utilizada por el sacerdote criollo santiaguero Desiderio Mesnier en artículos publicados a finales de 1898 en la prensa local de su ciudad natal. Mientras se desempeñaba como Canónigo de la Catedral de Santiago de Cuba, por su labor en la clandestinidad durante la última contienda libertaria, alcanzó los grados de Coronel del Ejército Libertador.

3 Monseñor Manuel Santander y Frutos, último Obispo de La Habana durante la etapa colonial, continuó su labor pastoral finalizada la contienda bélica, desconociendo las consecuencias de una realidad cambiante. Como parte de esa visión poco realista del futuro cubano realizó una visita pastoral a Cienfuegos en noviembre de 1898, motivo que avivó las críticas a la Jerarquía de la Iglesia en los medios locales de expresión pública por parte de los participantes en la lucha independentista, incluidos entre ellos muchos católicos comprometidos con su fe.

4 El Padre Barra no se preocupó de formalizar la propiedad del inmueble en su momento, asunto que ejecuta Monseñor Zubizarreta mediante Escritura de donación de inmueble No. 42, otorgada en Palmira ante el Notario Público doctor Pedro López Dorticós el 4 de agosto de 1922.

5 La procesión de santería de Santa Bárbara en Palmira desapareció a principios del triunfo revolucionario de 1959, para reiniciarse nuevamente en 1996. Actualmente ha alcanzado incluso poder de convocatoria entre algunos cubanos del exilio, perdiéndose la costumbre de bendecir la imagen en el templo.

6 San Fernando de Camarones fue fundado en 1714. En 1749, después de una visita pastoral a esta iglesia, el Obispo Auxiliar de La Habana Monseñor Cirilo de Barcelona, dejó instrucciones para que no se permitiera la colocación de ranchos para el expendio de agua de cebada ni se bailase en las inmediaciones de la iglesia por la festividad de la Candelaria.

7 Serize y Medina, Agustín; Memoria histórica de Palmira y su Partido. Archivo Nacional de Cuba, La Habana, 1963, página 52.

8 José Rivera, Wilfredo O’ Bourke, Manuel Arias, José Domeneq, hermanos Osié, Ernesto Chávez, Ángel García y otros.

9 Falange Española, partido político español fundado en 1933 durante la II República, tres años después proporcionó las bases ideológicas originales al régimen dictatorial del general Francisco Franco. Ser tildado de falangista a principios de los sesentas cubanos significaba el encasillamiento entre lo más retrógrado y conservador de la historia humana, según la propia prensa de la época.

10 Revista *Bohemia* del 9 de diciembre de 1951, página 26. Reportaje “Una voz cubana para el mundo”, Armando Cruz Cobos.

11 Periódico *Liberación* del 28 de diciembre de 1959, primera plana. Entrevista de Rafael E. Borges con el Padre Urtiaga.

12 Testimonio brindado por su antiguo discípulo e integrante de la Coral de Cienfuegos señor Rodolfo Grau Machín durante la Misa de honras fúnebres de Monseñor Pedro de Urtiaga celebrada en la Santa Iglesia Catedral de Cienfuegos el 11 de marzo de 1970.

13 Ver el periódico *Granma*, números de la segunda quincena de mayo de 2000, editoriales y artículos críticos sobre el Centro de Formación Cívico-Religiosa de la diócesis de Pinar del Río.

\* Fotos actuales: ingeniero Eloy M. Viera Moreno/ Procedencia de las fotos de época: archivo personal del ingeniero E. Viera.